

Pedro Lascurain, un hombre en la encrucijada de la revolución de Graziella Altamirano Cozzi

Rosa Isabel Gaytán*

Graziella Altamirano es historiadora, su tesis de licenciatura abordó, en 1979, el papel de P. Lascurain en la Revolución Mexicana¹. Ha publicado, entre otros textos, *Durango. Una historia compartida. 1821-1920*;² *En la cima del poder. Élités mexicanas 1830-1930*;³ *San Isidro de la punta. Historia de una hacienda duranguense*;⁴ *De las buenas familias de Durango. Parentesco, fortuna y poder. 1880-1920*.⁵

Sin pretender hacer una biografía, la autora declara su objetivo de “descubrir al hombre y definir al político” mediante la revisión de su archivo personal para examinar el papel que desempeñó en el gobierno de Francisco I. Madero y, sobre todo, en la coyuntura que representó el fin de dicho gobierno.

El libro de Graziella Altamirano sobre Pedro Lascurain profundiza en el quehacer político de este personaje quien, habiendo estudiado Leyes en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, en la ciudad de México, tuvo una formación acorde a la posición acomodada, conservadora y católica de su familia. Sus antecedentes en México se remontan a 1802, cuando llega al puerto de Veracruz, procedente de Guipúzcoa, España, Pedro José de Lascurain.

El libro, dividido en cuatro capítulos y un epílogo inicia con este antecedente para hablar de los años formativos de Pedro Lascurain y de los cuales no se encuentran

* Licenciada y maestra en Relaciones Internacionales por la UNAM. Profesora adscrita al área de Política Exterior del Centro de Relaciones Internacionales de FCPyS-UNAM. Correo electrónico: rosaisabelgaytan@politicas.unam.mx

¹ Graziella Altamirano Cozzi, *Pedro Lascurain, un episodio en la Revolución Mexicana*, tesis de licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 1979, 294 pp.

² Graziella Altamirano Cozzi, *Durango, una historia compartida*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1997, 273 pp.

³ Graziella Altamirano Cozzi, *En la cima del poder. Élités mexicanas 1830-1930*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1999, 272 pp.

⁴ Graziella Altamirano Cozzi, *San Isidro de la punta. Historia de una hacienda duranguense*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 2007, 198 pp.

⁵ Graziella Altamirano Cozzi, *De las buenas familias de Durango. Parentesco, fortuna y poder (1880-1920)*, Historia Urbana y Regional, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 2010, 325 pp.

muchas noticias. La primera etapa lo define como un hombre de su tiempo educado en una familia que lo formó como una persona eminentemente religiosa, que sustentará su conducta en la moral católica y el catolicismo social de la época. Señala Altamirano que un personaje importante en su vida profesional fue Agustín Rodríguez, el abogado que fue su maestro en la Escuela de Jurisprudencia.⁶ Después, la autora revisa el tiempo en el que Lascurain fungió como canciller en el gobierno de Madero, su papel en la decena trágica y frente a personajes como el embajador norteamericano Henry Lane Wilson o Victoriano Huerta para llegar a su exilio en Nueva York y su regreso a la Ciudad de México donde viviría sus últimos años con sus propiedades recuperadas y un buen prestigio profesional.

Cierran el libro un epílogo y un interesante apéndice documental que incluye la respuesta de Pedro Lascurain a la nota enviada por el Departamento de Estado estadounidense a la Secretaría de Relaciones Exteriores de México el 15 de abril de 1912; la respuesta a la nota enviada por el mismo Departamento a dicha Secretaría el 15 de septiembre del mismo año, el memorándum sobre la entrevista de Lascurain con el presidente de Estados Unidos, en Washington el 2 de enero de 1913; el memorándum sobre la entrevista del mismo con Philander Knox, secretario de Estado norteamericano en la citada ciudad el 3 de enero de 1913; la declaración confidencial de Bernardo de Cologan, embajador de España en México, del 2 de agosto de 1914 en la que da su versión sobre el golpe de Estado de Huerta; y las bases expuestas por los revolucionarios en campaña en el norte de la República mexicana al gobierno mexicano para llegar a la paz y que se trata de un intento de arreglo con el gobierno de Madero a principios de enero de 1913.

El personaje, por el que los textos pasan mencionando su nombre y su permanencia por minutos en el cargo de presidente de México, aquí es estudiado con detenimiento a partir de una revisión de diversos archivos entre los que se encuentran los de Federico González Garza y Francisco León de la Barra, hoy en el Archivo Carso; el de notarías de la Ciudad de México, el General de la Nación, el Genaro Estrada, el histórico de la UNAM, el del Colegio de las Vizcaínas, los Archivos Nacionales de Washington en su versión microfilmada que están en El Colegio de México y, en particular, el archivo personal de Pedro Lascurain. La hemerografía que sustenta esta investigación incluye casi una treintena de diarios de la ciudad de México, Mérida, Chihuahua, Veracruz, La Habana y San Antonio, Texas.

Es interesante revisar cómo un personaje como Lascurain, exitoso empresario que figura como académico y abogado prestigioso en la élite porfiriana de la ciudad

⁶ Agustín Rodríguez Aldunate (México, 1842-1920), director de la *Revista Jurídica*, primer rector y profesor de la Escuela Libre de Derecho, así como representante de Victoriano Huerta, junto con Emilio Rabasa y Luis Elguero, ante las Conferencias de Niágara Falls, en 1914.

de México, no perteneció al grupo de los *científicos* aunque estuvo relacionado con ellos por sus negocios. Aquí la pregunta es cómo podemos distinguir a un *científico* de un *porfirista* de élite ¿existe una diferencia sustancial en su conducción política? La respuesta puede encontrarse en el artículo escrito por Luis Cabrera a mediados de 1909 y en el que habla de la distinción entre los científicos y los conservadores del México de esos años. Los científicos eran, a su juicio, un grupo que, parapetado en la ciencia como argumento último, buscó y logró, ligar sus intereses a los de los extranjeros en México. Los que se llamaban científicos a ellos mismos, se consideraban “un grupo de personas que tenía la pretensión de guiarse por los dictados de la ciencia en la resolución de nuestros problemas nacionales.”⁷ Para Cabrera, hay dos grandes posiciones políticas: la de los conservadores que esperan que la conservación de los antiguos moldes y costumbres logrará el engrandecimiento de la Patria y el de los reformadores que creen que el camino es el de la reforma de las ideas y los sistemas existentes. Una tercera posición es la del grupo que cree que es posible la neutralidad. En éste, Cabrera coloca a los inteligentes, a los tontos, a los adaptables, a los que darán al grupo ganador los argumentos y las armas, así como a los colaboradores más ilustrados.

Éste es el grupo de los financieros, de los influyentes “que cultivan con los prohombres de uno y otro partido excelentes relaciones de amistad y complicados y antiguos parentescos que a su tiempo sabrán aprovechar”.⁸ Para Cabrera, los conservadores de su época eran los reeleccionistas, antiyanquis enemigos de la educación laica y defensores de la gran propiedad rural y le llamó neoconservadores. Señala que el grupo científico se había colocado bajo el patrocinio del partido neoconservador que era “esencialmente patriota, y antisajonista, mientras que el científico es sajonizante decidido, y es más ilustrado... están por la gran propiedad industrial y financiera... íntimamente ligados al capital norteamericano”.⁹ En política internacional, los científicos, dice Cabrera, apoyan al imperialismo yanqui, la interpretación de Roosevelt a la Doctrina Monroe y autores de una diplomacia que hacía que México fuera visto como satélite de estados Unidos y traidores al resto América. Lo más interesante, dice Cabrera, es que los científicos lograron vincularse tan estrechamente a los intereses de los norteamericanos que cualquier amenaza a sus intereses repercutía inmediatamente en los de Estados Unidos y ponía en juego la propia soberanía mexicana. Si nos atenemos a esta categorización que hace Cabrera y a lo expuesto por Altamirano en el libro que

⁷ Luis Cabrera, “El partido científico. Qué ha sido, qué es, qué será, para qué sirve la ‘ciencia’”, en Eugenia Meyer (Estudio introductorio, selección y notas), *Luis Cabrera, pensamiento y acción*. Biblioteca del Estudiante Universitario, UNAM, 2002, p. 8.

⁸ *Idem.*, p. 15.

⁹ *Idem.*, p. 19.

comento, creo que Lascurain queda ubicado en el grupo neoconservador, pues, por su formación religiosa, no aceptó las ideas positivistas de la época ya que consideraba que las mismas, al basarse en las ciencias físicas, se oponían al espíritu y a la idea religiosa.¹⁰

Durante los primeros años del siglo XX, Lascurain fue síndico y después concejal del Ayuntamiento de la ciudad de México. Ahí se reunía “lo más detestado por el liberalismo de clase media urbana: la plutocracia científica y para colmo católica.”¹¹ Seguramente de ahí su participación en los círculos reeleccionistas en 1909. En las elecciones para presidir el Ayuntamiento en abril 1912, ya en el gobierno Maderista, Lascurain obtuvo la mayor votación y ocupó dicho puesto.

Desde ese cargo se conocerá como un católico interesado en promover la doctrina social de la Iglesia como eje conductor de su acción política y gubernamental, lo que le hizo ganarse la crítica en la prensa del país. Su nombramiento como presidente municipal de la Ciudad de México lo condujo al maderismo. De su paso por ese cargo en 1912, destaca el *Llamamiento patriótico del Ayuntamiento de México para levantar el espíritu público y ayudar a la consolidación del gobierno* del 9 de febrero y la *Convocatoria para la formación de batallones voluntarios que cuiden el orden y de la defensa de todo el Distrito Federal*.

Muy pronto, el 10 de abril, Lascurain fue llamado a ocupar en el gabinete de Madero, el puesto de secretario de Relaciones Exteriores donde se definiría como un maderista moderado y conciliador. Aparentemente, aún cuando Lascurain no tenía dotes especiales o un realce personal propio, se le consideró como un lazo de unión entre los elementos distanciados del gabinete maderista. En el cargo, sustituiría a Manuel Calero, adversario político de José María Pino Suárez y quien a la larga también se distanciaría de Madero.

Lascurain era un hombre conocido en el mundo de los negocios, en la academia, entre los estadounidenses residentes en México y entre los católicos. Un mediador entre los viejos porfiristas y los revolucionarios aunque luego quedó claro que tenía más coincidencias con los primeros. Señala Altamirano que lo anterior se manifestó cuando Lascurain se unió al grupo que se opuso abiertamente, en el gabinete, a que el presidente nombrara a Luis Cabrera como secretario de Gobernación, por su conocida filiación política.¹²

¹⁰ Graziella Altamirano Cozzi, *Pedro Lascurain, un hombre en la encrucijada de la revolución*. Historia urbana y regional, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Primera reimpresión, México 2013. p. 20.

¹¹ Ariel Rodríguez Curi, *La experiencia olvidada. El Ayuntamiento de México: Política y gobierno. 1876-1912*, México, UAM-Azcapotzalco/El Colegio de México, 1996. pág. 80, citado por Graziella Altamirano, *Lascurain, op. cit.*, p. 28.

¹² Graziella Altamirano Cozzi, *Pedro Lascurain, un hombre en la encrucijada de la Revolución, op. cit.*, p. 45.

Altamirano retoma algunas opiniones que consideran que Lascurain no era porfirista y de ninguna manera un científico y que mantuvo una gran afinidad con Madero aunque no se atrevan a decir que fuera un revolucionario.

Tal afinidad se comprueba al nombrarlo secretario de Relaciones Exteriores cuando las tareas en ese puesto implicaban un grado de alta complejidad en su conducción debido a la inestabilidad interna y a las presiones de los Estados Unidos ante el gobierno maderista.

Destaca, el texto de Altamirano, la evolución de la actitud del gobierno norteamericano, que aunque durante el interinato de Francisco León de la Barra había sido de apoyo al gobierno mexicano sí alertó sobre las condiciones de peligro en la frontera común. Es entonces cuando se establece por común acuerdo la *Comisión Consultiva de Indemnizaciones* cuyo objetivo era reparar los daños causados por el movimiento maderista a nacionales y extranjeros. Pedro Lascurain era integrante de dicha Comisión junto con otros personajes como José Diego Fernández, Alberto Robles Domínguez, José González Salas y Samuel García Cuéllar. La misma comenzaría sus trabajos ya en el gobierno maderista.

Pero esa actitud transitaría hacia la presión y la exigencia de que se protegieran los intereses estadounidenses en México. El gobierno de Madero desembocaría en el golpe de Estado de Huerta en el que el embajador norteamericano tuvo un papel decisivo.

Los documentos que forman parte del anexo del libro reflejan claramente cómo respondió la Secretaría de Relaciones Exteriores de México a los pronunciamientos del gobierno norteamericano.

La primera nota fue firmada por el subsecretario de Estado norteamericano y enviada al gobierno de México el 15 de abril de 1912, mismo mes en el que Pedro Lascurain era nombrado secretario de Relaciones Exteriores. Copia de la misma nota fue enviada a Pascual Orozco que se había levantado en armas en Chihuahua.

El gobierno de Estados Unidos protestaba por la creciente destrucción de las propiedades y la amenaza a la vida de estadounidenses en México debidas a los crecientes disturbios y exigía una adecuada protección a sus ciudadanos y el cumplimiento de la obligación de ajustarse a las normas del Derecho Internacional si alguno de sus ciudadanos era hecho prisionero en México.

En México fue muy criticado por la prensa el tono intransigente y descortés de la nota. Lascurain enfrentaba el primer reto en su cargo y hubo expectativa sobre lo que haría, sobre todo cuando la propia prensa opositora había criticado su nombramiento.

Destaca Altamirano que la respuesta del Lascurain a dicha nota fue bien recibida. Aunque la misma distaba un tanto del lenguaje comúnmente utilizado en este tipo de comunicaciones sí utilizaba un tono enérgico y firme. No reconocía al gobierno

de Estados Unidos ningún derecho para hacer tales advertencias. Asentaba que ni el gobierno ni el pueblo de México podían ser responsables de actos cometidos en las zonas fuera de la obediencia a las leyes del país y aclara el interés y esfuerzo del gobierno mexicano por hacerlas respetar. Protestó porque el gobierno norteamericano hubiera enviado la nota en cuestión a Pascual Orozco, quien para el gobierno no era sino un delincuente.

La respuesta de Lascurain fue muy bien recibida por la opinión de la prensa mexicana, incluso de la opositora, pero la actividad del embajador norteamericano no decayó. Siguió fomentando la presión de su gobierno hacia el mexicano con sus informes sobre la crisis política y la inseguridad en que vivían los norteamericanos y sus propiedades.

El segundo momento clave que destaca Altamirano en su texto es la nota del 15 de septiembre de 1912, fechada en Washington por el Departamento de Estado y que reclamaba el arresto de los culpables de 17 asesinatos de estadounidenses. Protestaba por la política confiscatoria contra sus ciudadanos radicados en México y por las restricciones impuestas a compañías estadounidenses, particularmente a *The Mexican Herald*, *Associated Press* y la Compañía Colonizadora de Tlahualilo. Protestaba por los impuestos establecidos a las compañías petroleras y amenazaba con que si no mejoraban las condiciones generales del país, Estados Unidos se vería obligado a considerar las medidas pertinentes para resolver dicha situación. Conminaba al gobierno mexicano a informar sobre las acciones que tomaría al respecto. Altamirano incluye las opiniones de autores que han hecho notar que la indignación transmitida en esta nota era producida en gran parte por los impuestos que el gobierno de Madero había decretado a las empresas petroleras.

Esta segunda nota fue respondida hasta noviembre, casi dos meses después. Según Altamirano, seguramente porque era necesario que la Secretaría hiciera una investigación sobre los casos que eran motivo de la protesta. Al respecto, la autora señala:

... todos los asuntos mencionados en la nota de Washington habían sido exagerados con fines provocativos. Eso lo sabía Lascurain por lo que contestó detalladamente todas las reclamaciones y comprobó la falsedad de los cargos con el mismo tono elegante y claro, aunque enérgico y categórico, de la respuesta que dio a la nota de abril. En esta contestación Lascurain dejaba ver la experiencia que había adquirido durante los siete meses de su permanencia en la Secretaría de Relaciones teniendo que enfrentar constantemente las amenazas del Embajador Henry Lane Wilson quien, por cierto, comentó que la respuesta había sido “evasiva y combativa”.¹⁵

¹⁵ *Idem.*, p. 61.

Un tercer momento destacado en el texto de Altamirano sobre la gestión de Lascurain al frente de la Secretaría de Relaciones Exteriores es el del viaje que realiza a Estados Unidos en diciembre de 1912. La versión oficial fue la de que iba en viaje de placer, sin embargo, se reunió con el presidente William H. Taft, con el secretario de Estado, Philander Knox y con Woodrow Wilson quien ya era presidente electo.

Altamirano concuerda con que el viaje de Lascurain pretendía desarticular el ímpetu de los sectores intervencionistas de Estados Unidos con los que se alimentaba y retroalimentaba el quehacer del Embajador Wilson quien hacía poco se había reunido con Taft y Knox y habían acordado, al parecer, que lo mejor era el derrocamiento de Madero mediante una estrategia de amenazar con una inminente intervención. Es interesante destacar que esta opinión difiere de algunas otras que sostienen que H. L. Wilson actuaba casi por cuenta propia y que eran sus informes alarmantes, y hasta infundados, los que azuzaban a los promotores estadounidenses de la intervención a México. Aquí la autora anota una referencia al trabajo de Friederich Katz en el que cita un informe del embajador alemán, Von Hintze, y aclara que es el único referente conocido con esta tesis que plantea el acuerdo de Wilson con Taft y Knox.

El viaje de Lascurain pretendió atender las preocupaciones de la política de Madero hacia Estados Unidos, que por las condiciones del momento resumían la política exterior de su gobierno: atraerse la confianza del presidente electo de ese país, Woodrow Wilson; atender las investigaciones del subcomité de Relaciones Exteriores del Senado sobre México y el retiro del embajador Wilson porque el presidente mexicano sabía que la problemática entre ambos países tenía que ver con el pronunciado intervencionismo del diplomático en la política mexicana y la animadversión que profesaba hacia el propio presidente.

La autora revisa el papel de Lascurain durante la decena trágica y el hecho de que las presiones y amenazas del embajador Wilson sobre aquél, terminaran por convertirlo en su instrumento para convencer a Madero de que la única forma de evitar la ocupación militar de Estados Unidos era la renuncia del presidente y el vicepresidente. Fue Lascurain quien llevó la renuncia a Madero para que la firmara y fue también el encargado de llevarla ante el grupo de congresistas reunidos para tal fin. Escenario en el que, para cumplir con los aspectos legales, él mismo será nombrado presidente interino de la República, nombrará a Victoriano Huerta secretario de Estado y del despacho de Gobernación, para renunciar y dejar a éste el camino libre a la presidencia.

En su renuncia al cargo de presidente interino, Lascurain señala que los hechos lo habían colocado en la condición de “facilitar los medios para que dentro de la Ley se resuelva una situación que de otro modo acabaría con la existencia nacional... ya que de rehusarme hubiera cooperado con futuras desgracias.”¹⁴ Una carta manuscrita de

¹⁴ *Idem.*, p. 146.

su archivo personal, incluida por Altamirano, muestra a Lascurain arrepentido y contrito porque se daba cuenta de que había actuado con ingenuidad y miopía políticas al confiar en la sola palabra de Huerta para salvar las vidas del presidente Madero y Lascurain vicepresidente Pino Suárez.

El debate sobre el papel jugado por Lascurain comenzó en el propio huertismo. Se le acusó de haber tenido en sus manos la salvación de Madero y Pino Suárez y no haberlo conseguido. Altamirano rescata los juicios de autores como Isidro Fabela, José Vasconcelos y José C. Valadés sobre el papel de Lascurain durante la decena trágica y coincide en señalarlo como un hombre al que le faltó firmeza, precisión y energía en su actuación. Señala también que no puede imputársele a él toda la responsabilidad de los hechos en una circunstancia en la que antes que nadie, la palabra la tenían las ballonetas del ejército sublevado contra el presidente constitucional.

Altamirano cierra su libro con este párrafo que resume el papel de su personaje:

Lascurain no fue cómplice o gestor de Wilson... las circunstancias lo convirtieron en “el hombre útil” del embajador y en el instrumento de Huerta para conseguir el derrocamiento de Madero. Por ello, el carrancismo le imprimió el estigma de una dudosa lealtad hacia el presidente y una complicidad con los traidores, y esto quedó como un legado que hasta ahora se sigue recogiendo por la historiografía de la revolución.¹⁵

Una reflexión que hago con la lectura de este texto se refiere a las características de la política exterior mexicana en varios gobiernos, distintos todos ellos. El gobierno de Madero, con Lascurain en la Secretaría de Relaciones Exteriores, el de Huerta, con Federico Gamboa, Antonio de los Reyes y Carlos Pereyra o el de la etapa preconstitucional del gobierno de Carranza, utilizaron un lenguaje enérgico, exigieron el respeto de Estados Unidos particularmente, a sus determinaciones, se vieron amenazados por un constante intervencionismo diplomático y la amenaza y el ejercicio de la intervención militar, como en 1914 y 1916. A pesar de la distinta esencia de las tres administraciones, un gobierno constitucional, otro surgido de un golpe de Estado y otro, armado como resultado del anterior, coinciden en la defensa de la soberanía, en la exigencia de la no intervención y en la claridad del papel definitivo del gobierno de Estados Unidos en sus posibilidades de acción y de permanencia.

Graziella Altamirano Cozzi, *Pedro Lascurain, un hombre en la encrucijada de la revolución*, Col. Historia urbana y regional, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 2013, 239 pp.

¹⁵ *Idem.*, p. 195.